

**EL LENGUAJE DE LA TERNURA Y DE LA PASIÓN.
O el lugar del sexo en el paraíso: Una respuesta a Gavin Miller.**

Vera J. Camden (*)

¿Cuáles son las características de los seres vivos—
En la escuela, en biología, me enseñaron lo siguiente:
Excreción, crecimiento, irritabilidad, locomoción,
nutrición, reproducción y respiración.
Esto no me parece una lista muy “viva”.
Si eso es todo lo que implica ser un ser vivo,
entonces bien podría estar muerto.
¿Y qué hay de esa otra característica tan prevalente
en los seres humanos vivos, el anhelo de ser amado—
No, no entra bajo el epígrafe de “Reproducción”.
No tengo ningún deseo de reproducirme,
pero aún busco el amor.
Jeanette Winterson, ‘Written on the Body’

Es un honor haber sido invitada por Ralph Cohen a responder a Gavin Miller. Mi respuesta reflejará mi doble ubicación en las humanidades y en el psicoanálisis; espero que también refleje su consiliencia. Reconociendo la verdad de la célebre confesión de Freud de que “ante el problema del artista creativo, el análisis debe, lamentablemente, deponer las armas,”¹ afirmo que las capacidades afectivas que se analizan en los entornos clínicos encuentran, de hecho, su expresión más profunda en la literatura y otras artes. Por lo tanto, con cierto sentido de fracaso disciplinario, observo cómo Miller recurre al lenguaje directo de un psiquiatra para recordar a los críticos literarios que “hablemos lo que sentimos, no lo que deberíamos decir”². Sin embargo, creo que tenemos razones para esperar que la contribución actual de Miller represente un buen augurio para el futuro de los estudios literarios. Porque si, según Toril Moi, el paradigma posestructuralista “está ahora agotado”, entonces el rescate que Miller hace del clásico olvidado *The Origins of Love and Hate*, del psiquiatra escocés Ian Suttie (1889–1935), rompe el “muro de ideas” que barricada la academia y anuncia un nuevo lenguaje de ternura en la crítica literaria. Moi declara que las voces de la teoría feminista “que todos necesitamos escuchar” tendrán que ser “frescas y convincentes de manera novedosa” si han de abrir nuevos paradigmas teóricos.³ Por su parte, Miller plantea qué sucedería si se levantara el tabú sobre la ternura que mantiene cautivo al discurso académico. ¿Qué ocurriría si “la realidad del amor” (667) llegara a informar las nuevas historias literarias del siglo XXI? Mi respuesta considerará la pregunta de Miller, principalmente en términos de cómo utiliza la historia del psicoanálisis para lanzar este desafío a la crítica literaria contemporánea.

EL TABÚ SOBRE LA TERNURA

La exposición de Susan Fraiman sobre la lógica de lo “cool” en la crítica y la cultura contemporáneas capta lo que Miller llama el “machismo” académico (679). Basándose en los íconos de la crítica y el cine contemporáneos, este “modo de masculinidad” toma como modelo al “adolescente rebelde, definido sobre todo por su esforzada alienación de lo materno”. Lo ‘cool’ está “epitomizado por el adolescente moderno en

su ansiosa, autoconsciente y teatralizada voluntad de separarse de la madre”. Y está de más decir que, dentro de este paradigma, el lugar ocupado por la madre es, por definición, lo opuesto a lo ‘cool’. [Lo ‘cool’ está]... caracterizado por una cautela hacia las emociones intensas en general y el fervor materno en particular: un retraimiento de la intensidad del amor materno tan santificado por los victorianos”.⁴ Miller señala que las raíces de este rechazo a lo materno se entrelazan con los extremos más conservadores y sorprendentemente obstinados del pensamiento psicoanalítico. Su ensayo aborda el predominio de las versiones posmodernas del psicoanálisis, no tanto en términos de sus premisas paradigmáticas, sino más bien en cuanto a sus efectos.⁵ A diferencia de Fraiman, quien mantiene su lealtad como una “buena posestructuralista”,⁶ Miller rechaza las apropiaciones del psicoanálisis clásico —especialmente el “retorno a Freud” promovido por los lacanianos— que marginan el afecto de los primeros vínculos madre/infante en favor del drama edípico. La “masculinización” del psicoanálisis académico denigra esa relación nuclear que proporciona la “matriz psíquica” de todas las experiencias subsecuentes.⁷

Sería justo decir, creo, que Miller “culpa” al tabú sobre la ternura en la teoría y la cultura al impacto de Freud en la vida moderna. Inspirado por el pensamiento pionero de Suttie, Miller lamenta que Freud se haya convertido “ya no en una persona / sino en todo un clima de opinión” para la era moderna⁸. Miller rechaza la teoría de las pulsiones de Freud, que sostiene que la vida humana está motivada por la necesidad instintiva de descargar reservas de energía libidinal, obteniendo así placer. Pues, se pregunta él, ¿qué sucede entonces con el amor humano? El infante concebido por Freud en sus teorías del desarrollo infantil es, por definición, una criatura constitucionalmente solipsista, hedonista y autista. Y, lo que es más, la mayoría de los académicos actúan como si el giro relacional, que redefine esta visión de los orígenes humanos y que define la práctica clínica actual, simplemente nunca hubiera ocurrido. Según Miller, están desfasados con las investigaciones y prácticas clínicas más fructíferas y emocionalmente enriquecedoras de nuestra época.

Mi opinión personal es que la estructuración del complejo de Edipo por parte de Freud, dentro de una estricta jerarquía de género, impone una resolución ambigua, especialmente para la niña, y constituye en sí misma una formación defensiva que oculta sus propias ansiedades pre-edípicas. Sus “puntos ciegos” personales se han transformado, en muchos casos, en rasgos distintivos de la teoría clásica. Una revisión completa de la literatura clínica que describe, por ejemplo, la tenacidad con la que los freudianos han mantenido y desarrollado el imperativo de la “desidentificación” del varón “normal” con lo materno, queda fuera del alcance de este trabajo.⁹ Y aunque considero indiscutible que los psicoanalistas posmodernos han convertido muchas de estas directrices freudianas de desarrollo en “piedras de toque ideológicas”, no soy quién para analizar cómo ocurrió esto¹⁰. Lo que sí me gustaría ofrecer, sin embargo, es una perspectiva algo distinta sobre la “teoría de las pulsiones” de Freud. Me propongo llamar la atención sobre una tendencia clínica en curso que podría caracterizarse, irónicamente, como un “retorno a la teoría de las pulsiones” en el psicoanálisis clínico. Mi argumento será que el ensayo de Miller está, en cierto modo, desfasado respecto de otro movimiento en el psicoanálisis clínico que busca evitar los aparentes excesos del giro relacional que tanto celebra en su escrito. En este debate actual, las relaciones objetales, el pilar fundamental de la escuela relacional, son criticadas por minimizar la sexualidad infantil y, por extensión, evitar la sexualidad de los pacientes adultos. Mi objetivo al señalar este nuevo debate en la literatura clínica no es defender la veta conservadora del psicoanálisis que Miller critica, ni justificar las maneras en que la teoría de las pulsiones ha sido venerada en el discurso posmoderno. Mi punto, más bien, será sugerir que el psicoanálisis relacional *en la práctica* puede exhibir una tendencia a “tabuizar” la intensidad de la sexualidad, y que esta tendencia puede identificarse en las prácticas retóricas del propio ensayo de Miller, mientras sigue los principios relacionales.

En lo que sigue, introduzco el conflicto en torno a la “teoría de las pulsiones” de Freud desde una perspectiva biográfica, en el contexto de su historial de ansiedad respecto a lo que él denominó el “sentimiento oceánico” de la fusión infantil. Sugiero que el “cambio radical” promovido por el movimiento relacional surgió al explorar este territorio de la díada madre/infante que Freud evitó, pero que, lamentablemente, el psicoanálisis relacional contemporáneo ha tendido a idealizar ese “amor de bebé”, desviándose de un enfrentamiento pleno con la sexualidad. Mi observación será que, irónicamente, un proceso paralelo es

perceptible en el ensayo de Miller. Finalmente, retomo un ensayo clásico de Sándor Ferenczi sobre el “lenguaje de la ternura y de la pasión” para reflexionar sobre el lugar de la sexualidad en el psicoanálisis, y el lugar de la sexualidad en el Paraíso.

EL SENTIMIENTO OCEANICO

Anna Freud, en su prólogo a *‘On Not Being Able To Paint’* de Marion Milner, escribe que “ciertas inhibiciones para crear se atribuyen a un miedo a la regresión a un estado indiferenciado en el que los límites entre el ello y el yo, entre el sí mismo y el objeto, se desdibujan. Debido a esta ansiedad, no se encuentra un ‘lenguaje del amor’, es decir, ningún medio en el que ‘simbolizar’ las experiencias pregenitales... orgiásticas del individuo”.¹¹ Milner describe este estado como un “anhelo inconsciente de regresar a la entrega dichosa, esta entrega total del cuerpo propia de la infancia”. Ella utiliza el arte para producir en sí misma tales “estados que son parte de las experiencias cotidianas en una infancia saludable”.¹² Estas descripciones revelan el misterio inaccesible que rodea al bebé preedípico y la convicción de que la regresión a este estado preverbal en un análisis es intrínsecamente más amenazante que trabajar en el nivel del conflicto edípico. En contraste, Margaret Little describe su análisis con D. W. Winnicott como una experiencia que permitió una regresión a este estado infantil, un lugar al que su análisis previo con un analista de formación clásica no se atrevió a explorar.¹³ Las descripciones de esta fusión “primitiva” evocan el “sentimiento oceánico” identificado por Freud en su correspondencia con Romain Rolland como “una sensación de ‘eternidad’, un sentimiento de algo ilimitado, sin fronteras —por así decirlo, ‘oceánico’”.¹⁴ Los relatos sobre el sentimiento oceánico provocaron la resistencia de Freud hacia estas regiones psíquicas preedípicas. Fue necesario que los teóricos de las relaciones objetales, como Winnicott, introdujeran la expectativa de que estas regiones podían ser exploradas dentro del encuentro psicoanalítico. Sin embargo, desde sus inicios, el pensamiento psicoanalítico reconoció las muchas maneras en que artistas, poetas y músicos acceden a reinos que no se contemplaban en la práctica psicoanalítica.

Matthew von Unwerth ha escrito recientemente sobre la resistencia de Freud a lo inefable en la experiencia extática religiosa, la música y el arte. Freud insistió repetidamente, aunque a la defensiva, en que era inmune al tirón regresivo de la experiencia estética en bruto. Permaneció “encadenado al mástil” de su mente racional, tan temeroso estaba del canto de sirena de la fusión mística, descrito por Goethe como lo “eterno femenino”.¹⁵ El “continente oscuro” de lo femenino, al igual que la “esencia de la feminidad” capturada en la sonrisa de *La Gioconda* de Leonardo,¹⁶ consiste en “reserva y seducción, la ternura más devota y una sensualidad despiadadamente demandante —que consume a los hombres como si fueran seres ajenos”.¹⁷ Estos pasajes bien conocidos documentan los conflictos de Freud en torno a la feminidad. Pero von Unwerth narra los orígenes menos conocidos de tales miedos a la fusión, vinculándolos con la desesperación y la decepción de la infancia de Freud (FR 128). El joven Freud, tras el rechazo hiriente de una joven amada llamada Gisela, rechaza ferozmente “el sentimiento emotivo que lo hacía vulnerable al dolor del desamor y, con ello, el ‘Zeitgeist’ estético de su tiempo, por el cual... fue profundamente afectado” (FR 71). Siendo adolescente, Freud, al borde del suicidio, rechaza lo que llama el lugar mágico de la “poesía y la fantasía”, junto con el “horrible pasado primigenio donde criaturas salvajes podían consumir el oxígeno de la atmósfera castigadas por el hombre” (FR 72). “[C]omo un adolescente con el corazón roto, ... pensó en quitarse la vida y luego, en un cambio de ánimo salvaje, vilipendió con gran crueldad al tierno objeto de su afecto, enterrando bajo su desprecio el amor que tanto lo había lastimado” (FR 79). Von Unwerth observa además: “Así, el Freud adolescente volcó sus energías hacia la ciencia y se declaró cerrado a los placeres palpables y sensuales del arte, sensible solo al atractivo intelectual del arte” (FR 82). Al escapar de la sentimentalidad, Freud arremete contra el miasma del amor apasionado, el éxtasis religioso, el arrebato musical y cualquier otra versión del sentimiento oceánico que pudiera amenazar su mente racional. Ya adulto, proclama ser inmune al éxtasis y la catarsis, quizás incluso a la ternura y al amor dramatizados por los poetas —si no podía analizar sus orígenes y efectos. “Estoy cerrado al misticismo”, confiesa Freud a su amigo Rolland, “como a la música” (FR 201). “Soy casi incapaz de obtener placer. Algún giro racionalista, o tal vez analítico, en mi mente se rebela contra dejarme conmover por algo sin saber por qué me afecta y

qué es lo que me afecta” (FR 127). Freud pensaba que el sentimiento oceánico era un “reliquia emocional del amanecer de la vida, un sentimiento memorial que preservaba el mundo interno del recién nacido” (FR 131). Pero esa simbiosis infantil evoca más temores de ser devorado que de deleite.

El punto relevante para mi discusión sobre el artículo de Miller es que el paisaje arcaico de la infancia, tan temido por Freud, se ha transformado en un verdadero escenario para la exploración aventurera en el psicoanálisis. Un ejemplo particularmente brillante se encuentra en un ensayo pionero de Alexander Stein, quien analiza las numerosas formas en que “la consiliencia entre la música y el funcionamiento mental ofrece un acceso incomparable a los derivados y elaboraciones pre-representacionales, preverbales y no lingüísticos de las experiencias arcaicas”.¹⁸ La música ha sido un ámbito bastante descuidado y enigmático para el psicoanálisis, pero en el trabajo interdisciplinario de Stein observamos que, lejos del infante autista que Miller deriva del psicoanálisis clásico, el infante “audio-fónico” descrito por Stein demuestra una capacidad para realizar discriminaciones minuciosas de sonido y afecto: “La interacción audio-fónica entre infantes y padres es fantásticamente compleja y puede superar en importancia para el desarrollo a la interacción visual”.¹⁹ Los practicantes relacionales que investigan los ricos procesos de desarrollo de los años preedípicos ofrecen nuevas concepciones sobre cómo los apegos formados en esos años son generativos para el amor y la creatividad futura. Reconocer que la rigidez de la teoría pulsional de Freud se origina en su resistencia al ámbito preedípico ilumina la afirmación de Miller de que el discurso académico ha apropiado de manera inexplicable y desafortunada lo que él llama un psicoanálisis “irrealista”, “duro” y “falto de sentimentalismo” (p. 667). No obstante, la ambivalencia de Freud hacia el “sentimiento oceánico” revela el racionalismo defensivo que subyace en su determinación de reducir toda experiencia humana a impulsos instintivos y de alejarse, por así decirlo, del misterio del infante. El giro relacional desde esa visión reducida de la naturaleza humana evolucionó inevitablemente a partir de un psicoanálisis clínico que, en la práctica, estaba lejos de la teoría “dura” privilegiada por los posmodernistas de Miller. Sin embargo, este énfasis en el apego infantil corre el riesgo de comprometer la complejidad misma de la sexualidad infantil y adulta, expresada de manera tan radical en la teoría pulsional de Freud.

EL AMOR DEL BEBE

Miller reconoce a Peter Rudnytsky por haber señalado que el trabajo de Ian Suttie contiene “el núcleo de prácticamente todas las ideas elaboradas por los analistas posteriores”.²⁰ Sin embargo, Miller no resalta que Suttie fue el primero en percibir que el giro relacional era inherente e inevitable incluso en la práctica clínica más clásica. Según Suttie, la metapsicología clásica se ve socavada por la práctica psicoanalítica real:

“Considero que incluso en la terapia más ‘pasiva’, la necesidad de amor del paciente se satisface de numerosas y sutiles maneras. ¿Cuáles son las características comunes a todo tratamiento analítico? Las caracterizaría así: la imperturbabilidad y la tolerancia perfecta por parte del analista, su paciencia inagotable y su interés constante en los procesos mentales del paciente (altamente tranquilizador para la ansiedad infantil), una memoria activa y una capacidad de respuesta mental que hacen que el paciente se sienta uno con el terapeuta y valorado por él... Aunque la simpatía emocional (contratransferencia) pueda mantenerse bajo el control más estricto, la *cooperación comprensiva* es, para los pacientes adecuados, una prueba muy convincente de amor, en el sentido en que yo uso la palabra”.²¹

Miller no reconoce que el paso de una teoría que describe al infante exclusivamente motivado por impulsos que proyecta deseos en la madre a una que propone un vínculo mutuamente reflexivo entre madre e infante, guarda un paralelismo con el cambio en la práctica clínica: de un analista que recibe las proyecciones del paciente a un modelo de relación mutuamente reflexiva. El diálogo analítico depende de la interacción entre analista y paciente de la misma manera en que la unión entre madre e infante depende de su reflejo mutuo. Y cuando ha habido una falla en la sintonía empática en el vínculo madre/infante, esta falla original del “entorno facilitador” se recrea en la transferencia y, por tanto, se manifiesta en la relación entre paciente y analista. Este doble eje queda ilustrado en la observación de Harry Guntrip, quien comentó

que tuvo un “análisis edípico en lugar de un análisis de relaciones objetales” con su primer analista, ya que este no profundizó en la “relación de amor primaria” de los años preedípicos.²²

La analogía entre el “padre suficientemente bueno” y el “analista suficientemente bueno” es ineludible dentro del modelo relacional del psicoanálisis. Sin embargo, el peligro de estas metáforas del tratamiento, al igual que de la crianza, es que corren el riesgo de idealizar ambas relaciones. Y es una crítica válida, creo, señalar que, siguiendo a Suttie, Miller idealiza lo maternal de una manera bastante “victoriana”. Este tipo de idealización, a su vez, tiene el riesgo de negar la complejidad, especialmente la agresión y la sexualidad, inherentes a ambas relaciones.

La psicoanalista feminista Jessica Benjamin advierte contra la creación de un “contra-mito de un ideal materno ‘armonioso’” en nuestros esfuerzos por reivindicar el lugar de la madre en la teoría.²³ Para resistir tal contra-mito, Benjamin desarrolla la idea del “reconocimiento mutuo” entre el infante y la madre, que considera la necesidad de ambos de sobrevivir a la “destrucción” del otro. No es necesario discrepar con la insistencia de Miller sobre el apego primario del infante hacia su madre para sostener con igual convicción que dentro de esta díada temprana, al igual que en la díada analítica, emergerán diferencias, disturbios e impulsos destructivos. La supervivencia de estos impulsos destructivos asegura los lazos de amor. Plantear una oposición entre el infante humano como, por un lado, autista e indiferenciado de la madre y, por otro, consciente de la diferencia de la madre y perfectamente “apegado”, es caricaturizar la vida humana real. Una vez más, Benjamin resulta útil: “Con demasiada frecuencia me encuentro igualmente compeliada por relatos bastante divergentes de la psique desde perspectivas significativamente diferentes —en un momento me convence la visión observacional que describe la capacidad del infante para diferenciar el yo de la madre; en otro, me atrae la visión clínica que sostiene que las experiencias infantiles de miedos primitivos y agonizantes ocurren en un punto en que la pérdida del otro y la pérdida del yo son indistinguibles”.²⁴ Benjamin hace referencia al trabajo de Michael Eigen para justificar su “tendencia ambifilica”: “El bebé freudiano y el bebé winnicottiano no son idénticos. Esta dualidad apunta al hecho de que ningún bebé humano es un solo bebé. No sabemos qué hacer con esta multiplicidad, pero no podemos evadirla”.²⁵

La poeta Louise Erdrich aborda una paradoja similar en un ensayo que escribió hace algunos años para *Harper's Magazine*, titulado “A Woman's Work”. Escribe, no como analista ni como crítica literaria, sino como madre de una recién nacida y poeta, rechazando así el “o esto/o aquello” de la teoría. Ante sus descripciones, creo, el analista debe bajar las armas.

“[E]l amor de un infante es de otro orden. Es un amor geminado, totalmente absorbente, un borrón de límites y mensajes...”

Una razón por la que no se escribe mucho sobre lo que significa ser madre de un bebé recién nacido es porque rara vez hay un momento para pensar en otra cosa que no sean las necesidades de ese bebé. Se pasa un tiempo interminable con un bebé pequeño preguntándose ¿Qué quieres? ¿Qué quieres?... Sus llantos me resultan dolorosos, físicamente difíciles de soportar. Sus gritos lastiman mis sienes, mis pechos. A menudo lloro con ella si no puedo consolarla. ¿Qué otra cosa se puede hacer?”²⁶

El “¿qué otra cosa?” que Erdrich imagina muestra la agresión inherente a este amor aterrador y absorbente. “Hormonas, leche, pesadez, falta de sueño, alegría interna, todo se fusiona en los primeros meses después de que nace un bebé, de modo que experimento un estado de trágica confusión... Me están devorando viva. En esos días, el suicidio es una idea demasiado persistente como para consolarme. ‘No hay un yo que matar’, pienso, llena de autocompasión melodramática por quien solía ser. Esa persona se ha ido” (WW, p. 43). El amor por su hija infante aleja a Erdrich de las fantasías suicidas. Pero, al igual que Winnicott, sabe que “no existe un bebé sin su madre”. “He hecho un pacto con la vida: si muriera ahora, sería una forma de suicidio para ella. Como aún estamos en el proceso de diferenciarnos, ya que mis actos son los suyos y aún no pienso exactamente dónde termino para ella o dónde comienzan, exactamente, sus necesidades, debo bailar para ella” (WW, p. 46). Las descripciones de Erdrich se acercan como pocas a describir la intoxicación “oceánica” de la fusión temprana. “Mis días aquí se han vuelto sensuales... Me han arrojado a una alegría

corporal que es religiosa, que me toma tan completamente que la vida de la imaginación a veces parece un lugar escaso... Por la noche la mantengo cerca, duermo con ella acurrucada fuertemente”. (WW: 42) Y sus sensuales asociaciones crean un lugar para el mundo “audiofónico” del infante que abarca el remolino sexual de lo que los analistas llaman la “díada”. “[D]esde el estanque, comienzan los sollozos sexuales ondulantes de las ranas de madera, la respiración plena de la noche profunda. Es una canción tan poderosa que me recuesto en la cama, presionada en las olas. El aire palpita, lleno y desbordándose... El sonido me habita, como si la oscuridad pasara dentro de mí, emocionante y completa... Al despertar en la oscuridad profunda, amamantar a un bebé es la más sensorial de todas las tareas animales. Toda la noche despierto, alimento a nuestro bebé, duermo, y vuelvo a despertar con su pequeño cuerpo acurrucado junto a mí en la profundidad de esa música palpitante” (WW. 42). En tales escenas, el altruismo y el erotismo no están tan distantes, ni tienen por qué estarlo —ni para el analista ni para el poeta. Y no es difícil, al menos para mí, imaginar, como analista, crítica e incluso como madre, que el bebé amado con tal pasión pueda mirar a su madre y, a su manera, amarla también. Impulso y apego ciertamente se encuentran en tales descripciones.

El artículo de Gavin Miller celebra, sin duda, ese amor entre madre e infante. Sin embargo, no considera que dicho amor florece en medio de lo que Erdrich denomina los “días oscuros y estúpidos” del agotamiento por la falta de sueño, la sensualidad y la pérdida de uno mismo, que pueden conducir, en última instancia, a fantasías de autodestrucción. Sin tal reconocimiento de la furia corporal y la desesperación que acompañan a la fascinación mística —y sensual— de Erdrich por su bebé, la ternura que celebramos puede transformarse en una perniciosa y controladora idealización.

Sin adentrarme en el debate sobre si el “impulso amoroso primitivo contiene un núcleo irreducible de agresividad,”²⁷ puedo señalar, no obstante, que la preocupación de Miller por la importancia de un amor altruista o no apetitivo, independiente de los impulsos instintivos, le impide considerar las demandas de esos impulsos en su reflexión sobre la experiencia humana. Esto es más evidente, creo, en su actitud general hacia la sexualidad a lo largo de su ensayo y en su determinación, por así decirlo, de mantener “*la chose génitale*” completamente fuera de la discusión sobre la infancia. En esto, sigue a Suttie, quien sostiene, en contraposición a Freud, que en lugar de que el instinto encuentre sublimación social en el altruismo y el amor, “las emociones toman prestado, por así decirlo, el *uso* de los órganos... y los convierten temporalmente en instrumentos de funciones claramente sociales.”²⁸ Y cita a Fairbairn para afirmar que el infante es “primordialmente buscador de objetos,” no buscador de placer. Sin embargo, Fairbairn llegaría más tarde a proponer una especie de “igualdad” de orden entre el instinto y el apego para evitar precisamente dicha “hipostatización de la noción de libido, al decir que es *el individuo en su capacidad libidinal*... quien busca el objeto.”²⁹ Destaco el intento de Fairbairn de situar el apetito y el apego en posiciones complementarias, porque la reacción de Suttie frente a la teoría pulsional de Freud lo lleva a afirmar que la “necesidad de compañía,” que da lugar al amor parental y a la fraternidad, “reemplaza... la libido freudiana y es... genéticamente independiente del apetito genital.”³⁰ Tal posicionamiento del compañerismo amoroso como existente en una vía independiente de la psicosexualidad evolutiva del infante es, en mi opinión, equivocado, ya que ofrece una región “no apetitiva” de la experiencia humana —un espacio de puro apego, más allá o antes de los impulsos sexuales o incluso apetitivos.

Lo importante, una vez más, para los propósitos de esta discusión, es a dónde ha llevado tal exclusividad al psicoanálisis. La cuestión en juego es la compatibilidad de los dos paradigmas: la teoría pulsional y la teoría del apego. Como lo enmarcó Marjorie Brierley en 1942: “Una forma de plantear el problema que enfrentamos es preguntar: ¿Es una teoría del desarrollo mental en términos de las relaciones objetales infantiles compatible con una teoría en términos de las vicisitudes del instinto?”³¹ No intento aquí considerar la “metafísica” de tal cuestión. Pero si Miller ha criticado los *efectos* de la aplicación ciega de la teoría pulsional en el discurso académico, yo también considero los *efectos* del giro relacional en las últimas décadas en la práctica clínica actual. El impacto de un modo predominantemente relacional en la práctica contemporánea del psicoanálisis ha afectado lo que el analista “busca” y, por la misma razón, lo que el analista no “ve”. El amor contratransferencial que Suttie anticipó socavando las teorías clásicas de la neutralidad del analista corre el riesgo de volverse tan idealizado en el modo relacional que impide el encuentro del analista con las pulsiones sexuales y agresivas inherentes a la relación analítica.

EL TABU SOBRE LA SEXUALIDAD

“¿Qué ha pasado con el sexo en el psicoanálisis?” La analista relacional Muriel Dimen sostiene que el “sexo” está “siempre confundido”. “A veces, sexualidad significa coito heterosexual; otras veces, polisexualidad; otras más, reproducción”. La sexualidad abarca desde la excitación genital hasta la erótica de todo el cuerpo, el orgasmo y el deseo. “Puede denotar una fuerza impulsora, una estructura psíquica o una relación”. Tal confusión, para Dimen, es adecuadamente “recursiva”.³² Ante esta multiplicidad de significados, debe afirmarse firmemente que el “sexo” en el psicoanálisis es solo parcialmente lo que Miller describe de manera colorida como el “hedonismo del congreso sexual”.

Suttie afirma que en la cultura contemporánea “los hombres han sustituido el sexo por la intimidad”, y Miller sostiene que las cosas solo han empeorado: “deslumbrados por el hedonismo del congreso sexual, pasamos por alto la expresión concomitante de las emociones tiernas” (677). Aunque simpatizo con el argumento de Miller de que los comportamientos sexuales sustituyen, en la vida de muchos hombres (¡y no pocas mujeres!), la intimidad, considero que la caracterización del “sexo” en su ensayo resulta extrañamente unidimensional: el sexo, para Miller, parece denotar únicamente el coito sexual adulto. Sus referencias reiteradas al “sexo” y a la “obsesión con el sexo” me resultan confusas como psicoanalista. El coito sexual adulto, en cualquiera de sus versiones, es solo la punta del iceberg, especialmente dada la “calentura global” de la escena contemporánea. La sexualidad humana debe definirse en términos de las nociones ampliamente aceptadas del desarrollo psicosexual. Y si bien el logro de la ternura en las relaciones sexuales puede ser un distintivo del apego adulto exitoso, cómo definimos estas experiencias es, por supuesto, el “quid” de la cuestión.

Freud tuvo una especie de epifanía cuando escuchó al pionero del “lenguaje corporal” de la histeria, Jean-Martin Charcot, proclamar: “C’est toujours la chose génitale”.³³ Hoy, tales declaraciones deben ser recibidas con acuerdo y desacuerdo. Es erróneo afirmar que Freud trata únicamente sobre el “sexo” si lo que entendemos por sexo es la exhibición y explotación descrita por Miller. Si, por otro lado, entendemos por “sexo” la psicosexualidad inherente al desarrollo infantil, entonces diría, junto a Freud, que ‘sí’ se trata todo de sexo. Estos dos ámbitos de experiencia —la actuación sexual neurótica o perversa en adultos y los sentimientos y exploraciones sexuales normales en el desarrollo infantil— no son equivalentes, como discutiremos más adelante en relación con la obra de Ferenczi. Bástenos decir por el momento que uno puede afirmar el análisis cultural de Suttie sobre el “tabú de la ternura” sin, en nombre de un reconocimiento más pleno del apego infantil y del afecto materno, inspirar un “retorno” al niño victoriano que de algún modo está exento de sentimientos eróticos.³⁴

Es una verdad universalmente aceptada que la vida sexual de los adultos está, para bien o para mal, determinada por sus experiencias de desarrollo como niños. Si el infante se aferra a la madre en su *capacidad libidinal*, entonces la tierna reciprocidad de la madre, si es “lo suficientemente buena”, proporciona el prototipo de la dicha erótica. “Nadie,” escribe Freud, “que haya visto a un bebé retirarse saciado del pecho con las mejillas sonrojadas y una sonrisa de felicidad puede evitar la reflexión de que esta imagen persiste como un prototipo de la expresión de satisfacción sexual en la vida adulta.”³⁵ Los impulsos sexuales infunden otros sistemas, funciones e impulsos en el infante humano; los éxtasis de la fase oral proporcionan la base para el desarrollo normal, incluso cuando el trauma o la privación en este momento fundacional predicen dificultades en el desarrollo posterior.

En un artículo presentado a la Asociación Psicoanalítica Americana, el analista británico Peter Fonagy dirigió la atención de esta audiencia principalmente clínica al “secreto a voces” de que el psicoanálisis hoy “no se trata todo sobre el sexo”. “Las principales teorías actuales del psicoanálisis sitúan el núcleo de sus relatos clínicos en otra parte —principalmente en el ámbito de las relaciones emocionales.”³⁶ Aunque Fonagy no disputa el “correctivo” necesario del giro relacional que Miller enfatiza en su ensayo, sí advierte sobre una contracorriente en la práctica y publicaciones clínicas que omite la mención de los sentimientos y fantasías sexuales en los protocolos de tratamiento. Su artículo aboga por un “retorno” a la interconexión entre las relaciones objetales y una comprensión biológicamente fundamentada del desarrollo humano. “La psicosexualidad también debe estar enraizada en la experiencia sensoriomotora encarnada. Una explicación

que ve fundamentalmente la psicosexualidad como un síntoma de las relaciones objetales pierde un aspecto esencial. La experiencia erótica es innegablemente intensa y física, y la falta de incorporación de este aspecto, o la reducción de la excitación física a una construcción social, parece crear una representación distorsionada y sombría de la sexualidad humana que la desconecta de sus raíces en las experiencias corporales.” Según la investigación de Fonagy, los escritos clínicos han caído bajo un “tabú sobre la sexualidad” que colabora con la negación del cuerpo erótico en las “transferencias saturadas de apego”. Los intensos intercambios interpersonales en las escenas de tratamiento contemporáneo, tan diferentes de las dinámicas de pantalla en blanco de la modalidad clásica, fomentan transferencias eróticas que amenazan al analista con una exposición personal. La vulnerabilidad contratransferencial ha generado una necesidad de “enfriar” el ambiente en la sala de consulta. Fonagy favorece un “retorno a la teoría pulsional”, al menos en la medida en que mantiene el cuerpo psicosexual completo en el núcleo del tratamiento analítico. Hacer menos es perder “las implicaciones emocionales completas del conflicto psíquico” y la “sexualización” de esos conflictos en la transferencia analítica.³⁷

Siguiendo a André Green, quien fue quizás el primero en plantear la cuestión de la desaparición de la sexualidad en los tratamientos “amables y cálidos” de las escuelas relacionales,³⁸ Dimen también pregunta: “¿Qué pasó con el calor?” (SIP 157). Dimen ofrece una versión unificada del apego con la psicosexualidad de la infancia. “La erotogeneidad corporal... arde tanto desde la relacionalidad como desde la química corporal (o epigénesis). Del mismo modo, las etapas psicosexuales —oral, anal, fálica, genital, y demás— no son solo momentos corporales, sino también interpersonales” (SIP 156). Dimen opone el concepto de “libido”, como un modelo unipersonal “masculino” del deseo cuyo objetivo final es la descarga, al término “lujuria,” un modelo bipersonal de relacionalidad que, de una manera más “femenina,” disfruta del momento penúltimo del máximo éxtasis, en el que el placer de “tener” sexo prevalece sobre la mera descarga. En este sentido, busca demostrar que la inevitable imbricación de la libido con la relacionalidad constituye un nuevo paradigma que mantiene ambas en una unión recíproca. “Así como pensamos que la relacionalidad puede nutrir el deseo... también el estado suspendido del deseo no consumado podría, a su vez, sostener la relacionalidad” (SIP 172). La abstinencia en la relación analítica refleja la abstinencia del padre suficientemente bueno que, al igual que el analista, puede ser objeto de la sexualidad en desarrollo y maduración del infante, pero nunca debe actuar ni invadir tal ternura con sus propias pasiones. “Este estado de animación suspendida”—donde el deseo sexual se experimenta pero no se actúa— es el “regalo de la prohibición del incesto: la creación de una intimidad en la que, como podría haber dicho Freud, la libido no descargada genera el poder conectivo del amor” (SIP 171).

Lo que me parece importante en el trabajo de estos analistas, quienes han abordado recientemente la cuestión del lugar de la sexualidad en el encuentro psicoanalítico, es cómo cada uno de ellos se esfuerza por superar la innecesaria oposición entre la teoría pulsional y la teoría del apego en beneficio de una práctica más exitosa. Pues, al superar esta oposición, se abre la posibilidad de que la sexualidad y el amor puedan integrarse tanto en nuestras formulaciones analíticas como en la vida de nuestros pacientes.

LA CONFUSIÓN DE LENGUAS EN LA TRADICIÓN PSICOANALÍTICA

La “Confusión de lenguas entre adultos y el niño: El lenguaje de la ternura y la pasión” de Ferenczi es el texto fundacional en el debate sobre las actitudes clásicas y relacionales hacia la sexualidad. Al romper con Freud, Ferenczi llamó valientemente la atención sobre cómo las pasiones de los adultos pueden explotar y abrumar la ternura de los niños. El abuso, la incomprensión y el engaño de los adultos hacia el niño clausuran el cumplimiento óptimo del destino psicosexual infantil. La descripción que hace Ferenczi del impacto del trauma es inigualable:

“Estos niños se sienten física y moralmente indefensos, sus personalidades no están lo suficientemente consolidadas como para poder protestar, ni siquiera en pensamiento, porque la fuerza avasalladora y la autoridad del adulto los deja mudos y puede privarlos de sus sentidos. *Sin embargo, la misma ansiedad, si alcanza un cierto máximo, los obliga a subordinarse como autómatas a la voluntad del*

agresor, a adivinar cada uno de sus deseos y a satisfacerlos; completamente ajenos a sí mismos, se identifican con el agresor. ... El ataque, como una realidad externa rígida, deja de existir y, en el trance traumático, el niño logra mantener la situación previa de ternura".³⁹

Ahora cambiado, dice Ferenczi, el niño queda "enormemente confundido" y "su confianza en el testimonio de sus propios sentidos queda rota".⁴⁰ Esta confusión de lenguas mantiene al niño en una sumisión desconcertada, culpable y frustrada ante el adulto. Ferenczi deja claro los efectos de la transgresión y el trauma intergeneracional. Y es en este contexto, finalmente, donde el tema del artículo de Miller se vuelve más que, como él dice, un juego de salón para académicos (679). Porque si escuchamos a Ferenczi explorar la destrucción del lenguaje de la ternura infantil por las violentas pasiones de los adultos, podemos preguntarnos si la prohibición de los sentimientos tiernos en la teoría y la cultura refleja, bajo la fría cubierta de la indiferencia, una negación de la realidad de la transgresión y el trauma. Encubre el autoritarismo y la sumisión en la relación analítica, en la relación padre-hijo y, quizás, incluso en el discurso académico.⁴¹ De hecho, la historia de la monumental contribución de Ferenczi a la literatura del psicoanálisis está, de manera bastante vergonzosa, marcada por los esfuerzos de Freud por suprimir sus hallazgos.⁴² Una discusión sobre esta controversia va más allá del alcance inmediato de esta respuesta. Baste decir que Ferenczi ha llegado a representar para quienes siguen la tradición relacional "no simplemente un complemento de Freud, sino también una poderosa alternativa".⁴³

El artículo "Confusión de lenguas" de Ferenczi aborda precisamente la cuestión planteada en el ensayo de Miller sobre el "tabú de la ternura", a saber, hasta qué punto los orígenes del amor y el odio pueden encontrarse en el cuerpo del infante. Escribe Ferenczi: "Esta línea de pensamiento señala solo de manera descriptiva la ternura del erotismo infantil y la pasión en la sexualidad del adulto. Deja abierta la cuestión de la verdadera naturaleza de esta diferencia. El psicoanálisis acepta de buen grado la idea cartesiana de que las pasiones son provocadas por el sufrimiento, pero quizás tendrá que encontrar una respuesta a la pregunta de qué es lo que introduce el elemento del sufrimiento, y con él el sadomasoquismo, en las gratificaciones lúdicas al nivel de la ternura".⁴⁴

En respuesta a este problema de la diferencia entre la sexualidad infantil y adulta, entre la ternura infantil y las pasiones adultas, Jean Laplanche propone una "teoría general de la seducción", según la cual el cuidado común del adulto hacia el niño es necesariamente experimentado como enigmático y seductor. "El niño se apega al adulto, pero dado que esta relación siempre va acompañada de mensajes sexuales, siempre es más y diferente que una relación de puro cuidado y apego. Desde su inicio, la relación está, estructuralmente, infectada por la intrusión de un elemento que le es ajeno y que escapa a ambas partes".⁴⁵ Irónicamente, el lenguaje de Laplanche transmite en sí mismo la idea de que el ámbito sexual introducido por el cuidado del adulto queda disminuido, incluso "sucio". Su elección de palabras—quizás inconscientemente—revela su actitud: el apego es "puro" mientras que la sexualidad está "infectada," es "ajena," una "intrusión" y, finalmente, una "evasión". Sin embargo, el lenguaje de Laplanche subraya su punto, porque insiste en que la sexualidad impregna todas nuestras interacciones, incluidas, sin duda, nuestras interacciones con los niños. Selma Fraiberg hace un punto similar sobre las maneras en que el cuidado parental hacia los niños puede crear un contexto de amor. Menos "fría" en su discurso, quizás, que Laplanche, esta trabajadora social convertida en analista de niños no se entrega a metáforas de la seducción infantil enigmática. Más bien, describe cómo las prácticas de una crianza suficientemente buena permiten a los niños, en dosis manejables, aprender sobre el amor:

"Durante los primeros seis meses, el bebé tiene a su disposición los rudimentos de un lenguaje del amor. Está el lenguaje del abrazo, el lenguaje de los ojos, el lenguaje de la sonrisa, las comunicaciones vocales de placer y angustia. Es el vocabulario esencial del amor antes de que podamos hablar de amor. Dieciocho años después, cuando este bebé es adulto y se 'enamora' por primera vez, cortejará a su pareja a través del lenguaje de los ojos, el lenguaje de la sonrisa, mediante palabras de cariño y

las alegrías del abrazo. En sus declaraciones de amor, usará frases como: ‘Cuando miré tus ojos por primera vez,’ ‘Cuando me sonreíste,’ ‘Cuando te sostuve en mis brazos.’ Y, naturalmente, en su estado exaltado, creará que inventó esta canción de amor”.⁴⁶

La analista infantil Ruth Hall profundiza en este pasaje, analizando cómo la excitación inconsciente de la sexualidad genital se experimenta en el cuidado temprano del infante. En proporciones tolerables y apropiadas, la madre comparte su placer en el cuerpo del niño con el propio niño o niña. Hall llama a esto la “unidad de propósito” compartida por madre e hijo por igual. “[S]e encuentra en los momentos naturales del cuidado diario cuando las miradas amorosas acompañan el manejo amoroso del cuerpo del bebé, y se mezclan los placeres intensos de mirar, tocar (especialmente los genitales) y compartir la alegría, [estos placeres]... en la vida adulta acompañarán el acto sexual y eliminarán de él sus connotaciones animalísticas. Este estado dichoso se reexperimenta en el orgasmo y recrea brevemente el sentido de completitud que es la gran ilusión de la infancia”.⁴⁷ En el contexto del apego, la estimulación del cuerpo a través del cuidado y la alimentación normales adquiere su asociación con la ternura y el amor. Los niños tienen sentimientos sexuales apropiados a su edad tierna; los adultos reflejan, modulan y, hasta cierto punto, inician a sus hijos en el amor sexual. Es en la abstinencia del padre donde el yo del niño se despliega. La moderación y la contención de la madre permiten que la fantasía del niño se desarrolle. Aplicado a la situación psicoanalítica, la abstinencia del analista y el paciente inspira el placer del deseo. Jody Davies hace explícita la conexión entre la abstinencia del analista y la restricción nutricional de los padres hacia las pasiones del niño: “Todos tenemos deseos sexuales sobre los cuales no actuamos —lugares en los que tales acciones serían inapropiadas y erróneas. Como adultos, podemos desear sin la promesa de satisfacción; podemos querer sin tener que poseer. Quizás este es el verdadero legado de Edipo —la capacidad de sostener el deseo por lo que nunca podremos tener”.⁴⁸

La historia personal de abuso sexual de Ferenczi y su trabajo con pacientes que habían sido abusados en la infancia fomentaron su determinación de establecer límites claros entre los “lenguajes” de la sexualidad infantil y adulta. Él no niega ni la naturaleza corporal de los niños ni su experiencia incipiente y en evolución de los sentimientos sexuales. Lo que insiste, sin embargo, es en su inmadurez, en su ternura. Como ilustra Rudnytsky, tomando prestada la rica tradición literaria y teológica que sustenta todas las discusiones sobre amor y sexualidad en Occidente al menos desde Platón, Ferenczi “reformula la oposición entre ágape y eros en una entre ternura y pasión, y sostiene que la primera no es menos fundamental que la segunda”.⁴⁹

Estoy convencido de que la envidia de los adultos por los placeres de la infancia hace que la dicha infantil sea casi intolerable, sobre todo si el adulto se ha sentido excluido o privado de esos gozos. El placer inocente pero apasionado sólo puede ser disfrutado por el padre que está dispuesto a renunciar a su deseo de venganza y dejar que las pasiones de los niños se transformen en amor, respetando el único tabú -el tabú del incesto- que todavía mantiene unida a la civilización. Este tabú garantiza la realidad del amor. Sin embargo, tiene sentido en el contexto de la atracción y la abstinencia. Si no respetamos que la matriz de desarrollo del niño es sexual y afectiva, corremos el riesgo de ignorar consciente o inconscientemente el tabú que realmente protege ese desarrollo. Este es el punto que deseo destacar: es la negación de la vulnerabilidad *sexual* de los niños lo que conduce a la transgresión contra su ternura. Ferenczi capta cómo las racionalizaciones de la transgresión traumática están enterradas en nuestras construcciones “frías” de indiferencia: “Casi siempre el perpetrador se comporta como si nada hubiera pasado y se consuela con el pensamiento: ‘Oh, es sólo un niño, no sabe nada; lo olvidará todo’”.⁵⁰ La negación de la sexualidad, como la negación de la ternura, conduce a la represión de la que inevitablemente fluyen las gratificaciones encubiertas de las perversiones, las obsesiones, las histerias e incluso, en algunos casos, las psicosis.

DELEITE Y ADESEO

En su estudio clásico *El paraíso perdido* de John Milton, Stanley Fish señala las maneras en que el poema de Milton “sorprende” al lector con la comprensión de sus formas “caídas” de leer y conocer. Una *obra maestra* de la crítica literaria, ‘*Surprised by Sin*’ capta el dilema de la relación de la humanidad con el bien y el mal, la inocencia y la experiencia⁵¹. El libro del Génesis muestra a Dios caminando con Adán en el fresco

de la tarde: el Jardín está lleno de deleite. Sin embargo, Fish señala que el mismo lenguaje que Milton utiliza para capturar la inocencia y el deleite de nuestros primeros padres necesariamente contiene el residuo de la contaminación. Puesto que toda la humanidad ha caído, las concepciones y percepciones de la inocencia de Milton también deben ser caídas. A diferencia de Laplanche, que parece inconsciente de los rasgos puritanos en su propia prosa, Milton, el poeta puritano, utiliza hábilmente la cualidad “caída” de su discurso para quebrar la dureza del corazón pecador de su lector. La evocación lírica de la armonía “prelapsaria” del Edén ya muestra las fracturas de la discordia. Esto es particularmente evidente en la representación miltoniana de la sexualidad prelapsaria de Adán y Eva. La pareja de Milton —en consonancia con el relato del Génesis— disfruta de la “felicidad conyugal”. Los placeres de su unión sexual son venerados por Milton. El lector, sin embargo, debe esforzarse ansiosamente para medir la distancia entre su estado pecador y la realidad de la inocencia retratada en el poema. “Considerad”, dice Fish, “el abrazo que presenciamos en el libro 4, línea 492:

con los ojos
De atracción conyugal sin reproche,
Y sumisa entrega, medio abrazada inclinada
Sobre nuestro primer Padre, medio su seno hinchado
Desnudo encontró el suyo bajo el oro ondulante
De sus sueltos cabellos oculto; él en deleite...”

La técnica “casi cinematográfica” de montar el movimiento evoca en el lector la inmensa excitación implícita en la consumación a punto de ocurrir. “[Pero] la respuesta que estas líneas provocan en el lector... debe distinguirse finalmente de lo que Adán y Eva sienten mientras se abrazan. El poema es bastante explícito, de forma negativa, respecto a esto: los ojos de Eva suscitan una ‘atracción conyugal’ que es ‘sin reproche’ y no apasionada; se nos dice que son ‘besos puros’ (502) *después* de que nuestras impresiones han sido registradas”. El lector tiene un cuerpo y una mente infectados por el pecado. Así, “[c]uando el verso se dirige a describir la respuesta de *Adán* al seno hinchado y los cabellos sueltos de Eva, hay una tendencia (y experimentos en clase lo confirman) a leer ‘él en deseo’ donde el poeta escribe ‘él en *deleite*’”.⁵² Después de la Caída, en el libro 9, línea 1013, “donde esta escena se refleja, el deseo es inequívocamente deseo; las cualidades que el lector caído *impone* a Adán y Eva en el libro 4 se han convertido en suyas por derecho: ‘Deseo carnal inflamando, él a *Eva* / Comenzó a lanzar miradas lascivas, ella a él / De igual modo correspondió; en lujuria ardieron.’”⁵³

Menciono la épica de Milton sobre la pérdida de la inocencia de la humanidad para ayudarnos a pensar en el lugar problemático del sexo en el psicoanálisis. Edén, en hebreo, significa “deleite” —nuestro primer hogar, según el poema de Milton. Es un lugar de placer y ternura; aún no un lugar de “pasión” caída. Mi sugerencia es que Milton, como Ferenczi, está intentando imaginar una sexualidad sin la “ebullición” del deseo violento. Y, por supuesto, no puede, porque el lenguaje utilizado para capturar la inocencia lleva la marca del pecado y la muerte, tan seguramente como, según Laplanche, la tierna sexualidad infantil está marcada para siempre con el “enigma” de las pasiones adultas. Pero, como el poema de Milton exhorta, el hecho de la mirada pecadora del lector no elimina la realidad del deleite inocente de Adán y Eva. Meramente condena al lector y crea una conciencia más aguda de su necesidad de redención. Adán expresa su deleite en Eva con “besos puros”: los besos reflejan la unidad espiritual y física. El lector sufre la diferencia entre su experiencia y la de Adán. Esa diferencia se subraya con la aparición de Satanás en el momento de la dicha:

al lado el Demonio giró
Por envidia, pero con mirada celosa y maligna
Los miró de soslayo”. (502-504)

Fish señala la importancia del autoconocimiento en la lectura. El lector puede anhelar la inocencia, pero debe reconocer que, por mucho que admire, incluso envidie, la dicha edénica, esta le está perdida para

siempre. El poema de Milton intenta instruir al lector para que reconozca su estado caído, de modo que pueda aspirar a recuperar alguna semblanza de la inocencia y el deleite perdidos en la redención de la verdad y la memoria bíblicas. Entonces, ¿cuál es la esperanza para el lector psicoanalítico?

Si pudiéramos trasladar parte de la sabiduría del poema al debate actual sobre el lugar de la sexualidad infantil en el desarrollo humano, podríamos sugerir que nuestra incapacidad para apreciar el deleite del infante en su propio cuerpo, y en las fantasías engendradas por las atentas atenciones de los padres, es algo similar a la rabia y la envidia de Satanás en el Jardín del Edén. Satanás reconoce el placer inocente, y esto lo incita a una seducción furiosa. ¿Son acaso nuestros esfuerzos desesperados por convertir al bebé en un hedonista solipsista o, alternativamente, en una criatura seráfica de apego puro y primordial, meras trampas? Cuando, como Satanás, contemplamos lo más cercano al paraíso que jamás hemos conocido, ¿intuimos el lugar de verdadera y perfecta omnipotencia en el útero, y reaccionamos con una rabia narcisista por lo que hemos perdido?⁵⁴ La confusión de lenguas dentro del discurso psicoanalítico puede enmascarar un intento deliberado de traer controversia, separación y desesperanza al imaginado Edén pre-edípico del infante. “El equipo perceptivo del hombre caído, tanto físico como moral, es su prisión; cualquier comunicación de un mundo más allá del que él mismo ha construido le llega únicamente después de haber pasado por las distorsiones de su vidrio oscurecido, y esto se aplica tanto al estado previo del hombre en el Paraíso como al Cielo que nunca ha conocido”⁵⁵. Milton nunca imagina que su incapacidad para hablar “puramente” del Paraíso le impida su llamado poético a representarlo, ni tampoco considera que eso prevenga al lector de comprender su poema inspirado. Nuestras concepciones sobre la ternura de la infancia están estructuradas para siempre por las limitaciones de nuestro lenguaje. Llevan la marca de las pasiones adultas. Pero eso no significa que nuestras concepciones no sean a la vez comprobables y verdaderas en términos experienciales.

Gavin Miller tiene razón al llamar nuestra atención sobre los desafortunados efectos del tabú sobre la ternura, que, al igual que el tabú sobre la sexualidad, impide la unión del sexo y la ternura en la realidad del amor. Mi esperanza sería que no desterremos de la escena del deleite materno/infantil la sexualidad de la cual literalmente nació.

(*) Vera J. Camden es profesora emérita de Literatura Inglesa en la Universidad Estatal de Kent y profesora asistente clínica de Psiquiatría en la Universidad Case Western Reserve. Es analista didacta y supervisora en el Cleveland Psychoanalytic Center. Especializada en literatura británica del siglo XVII, psicoanálisis y estudios de la novela gráfica, ha sido coeditora de *American Imago* y editora estadounidense del *Journal of Graphic Novels and Comics*. Camden es autora y editora de obras clave como *The Cambridge Companion to Literature and Psychoanalysis* (2022) y *Trauma and Transformation: The Political Progress of John Bunyan* (2007). Sus investigaciones abordan la intersección entre literatura, trauma y teoría psicoanalítica, con énfasis en autores puritanos, la escritura femenina y la narrativa gráfica contemporánea. Ha recibido reconocimientos como el Robert Liebert Award (2011) y múltiples becas del Consejo de Humanidades de Ohio. Ha organizado eventos académicos destacados, como el Wonder Woman Symposium (2016). Su trabajo ha sido publicado en revistas como *American Imago*, *The International Journal of Psychoanalysis* y *New Literary History*.

Publicado en: Camden, Vera J. (2007). “The Language of Tenderness and of Passion, or the Place of Sex in Paradise: A Response to Gavin Miller”, en: *New Literary History*, V. 38 N° 4, *On Change and Exchange in Literary Studies* (otoño), pp. 683-702, Edit. Johns Hopkins University Press.

URL estable: <https://www.jstor.org/stable/20058034>.

Volver a Artículos sobre Ferenczi

Volver a Newsletter 28-ALSF

Notas al final

- 1.- Sigmund Freud, "Dostoevsky and Parricide" (1929), en *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, ed. J. Strachey (Londres: Hogarth Press, 1975), 21:177
- 2.- William Shakespeare, *The Tragedy of King Lear*, en *The Riverside Shakespeare*, ed. G. B. Evans (Boston: Houghton Mifflin, 1974), 5.3.325. Las referencias corresponden a acto, escena y línea.
- 3.- Toril Moi, "I Am Not a Feminist, But... : How Feminism Became the F-Word", *PMLA* 121, n.º 5 (2006): 1735-41.
- 4.- Susan Fraiman, *Cool Men and the Second Sex* (Nueva York: Columbia Univ. Press, 2003), xii
- 5.- Joel Whitebook discute el "exceso de epistemología" en las controversias psicoanalíticas contemporáneas y la crítica al "fundacionalismo" en un análisis reciente de Hans Loewald. Whitebook, "Hans Loewald: A Radical Conservative", *International Journal of Psychoanalysis* 85 (2004): 97-116. Véase también Lewis Aron, *A Meeting of the Minds: Mutuality in Psychoanalysis* (Hillsdale, NJ: Analytic Press, 1996).
- 6.- Fraiman, *Cool Men*, 159.
- 7.- Nancy Chodorow, *The Power of Feelings* (New Haven, CT: Yale Univ. Press, 1999), 53..
- 8.- W. H. Auden, "In Memory of Sigmund Freud", en *Another Time* (Nueva York: Random House, 1940).
- 9.- M. J. Diamond, "The Shaping of Masculinity", *International Journal of Psychoanalysis* 85 (2004): 359-80.
- 10.- Véase Whitebook, "Hans Loewald".
- 11.- Anna Freud, prólogo a *On Not Being Able to Paint*, de Marion Milner [Joanna Field] (1957; Los Ángeles: J. P. Tarcher, 1983), xv.
- 12.- Milner, citado por Anna Freud en su prólogo a *On Not Being Able to Paint*, xv.
- 13.- Margaret I. Little, "Winnicott Working in Areas Where Psychotic Anxieties Predominate: A Personal Record", *Free Associations* 3 (1985): 9-42.
- 14.- Sigmund Freud, *Civilization and Its Discontents* (1929), en *Standard Edition*, 21:64-67..
- 15.-Matthew von Unwerth, *Freud's Requiem: Mourning, Memory, and the Invisible History of a Summer Walk* (Nueva York: Riverhead Books, 2005), 88-100 (de aquí en adelante citado como FR).
- 16.-Freud, "Leonardo da Vinci and a Memory of His Childhood" (1910), en *Standard Edition*, 11:107..
- 17.- Freud, "The Question of Lay Analysis" (1926), en *Standard Edition*, 20:212.
- 18.- Alexander Stein, "The Sound of Memory: Music and Acoustic Origins", *American Imago* 64 (2007): 60.
- 19.- Stein, "Sound of Memory", 64.
- 20.- Peter L. Rudnytsky, *The Psychoanalytic Vocation: Rank, Winnicott, and the Legacy of Freud* (New Haven, CT: Yale Univ. Press, 1991), 6..
- 21.- Ian D. Suttie, *The Origins of Love and Hate* (Londres: Kegan Paul, Trench, Trubner, 1935), 251
- 22.- Rudnytsky, *Psychoanalytic Vocation*, 123. Hace referencia a Jerry Jacobson, "Developmental Observation, Multiple Models of the Mind, and the Therapeutic Relationship in Psychoanalysis", *Psychoanalytic Quarterly* 62 (1993): 526-30, quien describe el cambio de un modelo de psicoanálisis "de una persona" a un modelo "de dos personas" como un proceso paralelo a las teorías del desarrollo infantil y los experimentos de observación del infante..
- 23.-Jessica Benjamin, *Like Subjects, Love Objects: Essays on Recognition and Sexual Difference* (New Haven, CT: Yale Univ. Press, 1995), 19.
- 24.- Benjamin, *Like Subjects, Love Objects*, 5
- 25.-Michael Eigen, *The Electrified Tighrope* (Northvale, NJ: Aronson, 1993), xxiii, citado en Benjamin, *Like Subjects, Love Objects*, 6
- 26.-Louise Erdrich, "A Woman's Work: Too Many Demands and Not Enough Selves", *Harper's Magazine*, mayo 1993, 38 (de aquí en adelante citado como WW).
- 27.- Rudnytsky, *Psychoanalytic Vocation*, 106.
- 28.-Suttie, *Origins of Love and Hate*, 68
- 29.-Rudnytsky, *Psychoanalytic Vocation*, 4.
- 30.-Suttie, *Origins of Love and Hate*, 6.
- 31.-Marjorie Brierley, "Internal Objects and Theory" (ponencia, Sociedad Británica, 18 de febrero de 1942), citado en *The Freud-Klein Controversies 1941-1945*, de Pearl King y Riccardo Steiner (Londres: Tavistock, 1991), 926..
- 32.-Muriel Dimen, *Sexuality, Intimacy, Power* (Londres: Analytic Press, 2003), 157 (de aquí en adelante citado como SIP).).
- 33.-Rudnytsky, *Psychoanalytic Vocation*, 203.
- 34.- Miller, quien se apoya escépticamente en la explicación de Jacqueline Rose sobre la noción lacaniana de lo "Real", podría considerar su estudio sobre *Peter Pan* de J. M. Barrie para analizar la negación victoriana de la sexualidad infantil. Rose, *The Case of Peter Pan, or the Impossibility of Children's Fiction* (Filadelfia: Univ. of Pennsylvania Press, 1993)).
- 35.-Freud, "Three Essays on the Theory of Sexuality" (1905), en *Standard Edition*, 7:182.
- 36.- Peter Fonagy, "A Genuinely Developmental Theory of Sexual Enjoyment and Its Implications for Psychoanalytic Technique" (conferencia plenaria, Winter Meeting of the American Psychoanalytic Association, Nueva York, NY, 2006).).
- 37.- Fonagy, "A Genuinely Developmental Theory"
- 38.-André Green, "Has Sexuality Anything To Do with Psychoanalysis?", *International Journal of Psychoanalysis* 77 (1996): 871-83

- 39.-Sándor Ferenczi, “*Confusion of Tongues Between Adults and the Child: The Language of Tenderness and Passions*”, en *Final Contributions to the Problems and Methods of Psycho-analysis*, ed. M. Balint, trad. E. Mosbacher (1933; Nueva York: Brunner/Mazel, 1980), 163-65.
- 40.- Ferenczi, “*Confusion of Tongues*”, 162.
- 41.- Christopher Bollas describe la contratransferencia en términos que lo marcan como un heredero de Ferenczi: “Cuando el padre viola al niño, el niño ya no puede jugar con su padre en su mente. Él termina con lo imaginario. Así como la dura declaración del paciente [sobre el abuso] termina con mi derecho a imaginar a mi paciente de muchas maneras... ¡No! Debo atenerme al evento real. Este debe dominar, controlar y centrar el análisis. Esta transferencia es sorprendentemente cercana a la experiencia del abuso por parte del padre”. Bollas, *Forces of Destiny: Psychoanalysis and Human Idiom* (Northvale, NJ: Jason Aronson, 1989), 179-80.
- 42.- A. W. Rachman, “*The Suppression and Censorship of Ferenczi’s Confusion of Tongues Paper*”, *Psychoanalytic Inquiry* 17, n.º 4 (1997): 459-86.
- 43.-Rudnytsky, *Reading Psychoanalysis: Freud, Rank, Ferenczi, Groddeck* (Ithaca, NY: Cornell Univ. Press, 2002), 109
- 44.-Ferenczi, “*Confusion of Tongues*”, 166-67.
- 45.- Jean Laplanche, “*La sublimation*” en *Problématiques III* (París: PUF, 1980); citado en P. Van Haute y T. Geyskens, *Confusion of Tongues: The Primacy of Sexuality in Freud, Ferenczi, and Laplanche* (Nueva York: Other Press, 2004), 132.
- 46.-Selma Fraiberg, *Every Child’s Birthright: In Defense of Mothering* (Nueva York: Basic Books, 1977), 29..
- 47.-Ruth Hall, “*Sexuality: Its Beginnings*” (ponencia no publicada, Cleveland Center for Research and Child Development, 1975).
- 48.- Jody M. Davies, “*Between the Disclosure and Foreclosure of Erotic Transference Countertransference: Can Psychoanalysis Find a Place for Adult Sexuality?*”, *Psychoanalytic Dialogues* 8 (1998): 776. *Dialogues* 8 (1998): 776
- 49.- Rudnytsky, *Reading Psychoanalysis*, 140.
- 50.-Ferenczi, “*Confusion of Tongues*”, 163
- 51.- Stanley E. Fish, *Surprised by Sin: The Reader in Paradise Lost* (Berkeley y Los Ángeles: Univ. of California Press, 1971)
- 52.-Fish, *Surprised by Sin*, 105.
- 53.-Fish, *Surprised by Sin*, 106.
- 54.-Ferenczi, “*Stages in the Development of the Sense of Reality*”, en *Sex in Psychoanalysis* (1913; Nueva York: Basic Books, 1950), 219, 225: “... existe una etapa en el desarrollo humano que realiza este ideal de un ser subordinado únicamente al placer, y lo hace no solo en la imaginación y de manera aproximada, sino de hecho y completamente. Me refiero al período de la vida humana que transcurre en el útero. En este estado, el ser humano vive como un parásito del cuerpo de la madre... Si, por lo tanto, el ser humano posee una vida mental mientras está en el útero, aunque sería absurdo creer que la mente comienza a funcionar solo en el momento del nacimiento, debe obtener de su existencia la impresión de que es, de hecho, omnipotente.” Este es el lugar al cual, dice Ferenczi, anhelamos regresar y del cual tenemos vislumbres en nuestro estado de sueño y en nuestros sueños.
- 55.- Fish, *Surprised by Sin*, 104